

portables, se nos quebrantaban los huesos y mas de una vez la sacudida fue tan violenta, que creí saltar por la portezuela, ó caer en el fondo del carruaje. Mis compañeros, acostumbrados á esta clase de locomoción, reían á carcajadas. Una señora que iba en frente de mí se sentía grandemente marcada y ya no era yo solo en sufrir. Despues me he cerciorado de que no se viajaba de otro modo en toda la América y he

pensado en los caminos de Europa tan bien contruidos y conservados. ¡Dios preserve á mis lectores y sobre todo á mis lectoras de las diligencias y comidas americanas!

Hacia las cuatro de la tarde de esta dichosa jornada, llegamos á la parada de *Crimean huse*, llamada sin duda así en honor de la guerra de Crimea. El camino de Culterville, nuestra última etapa se cruza con

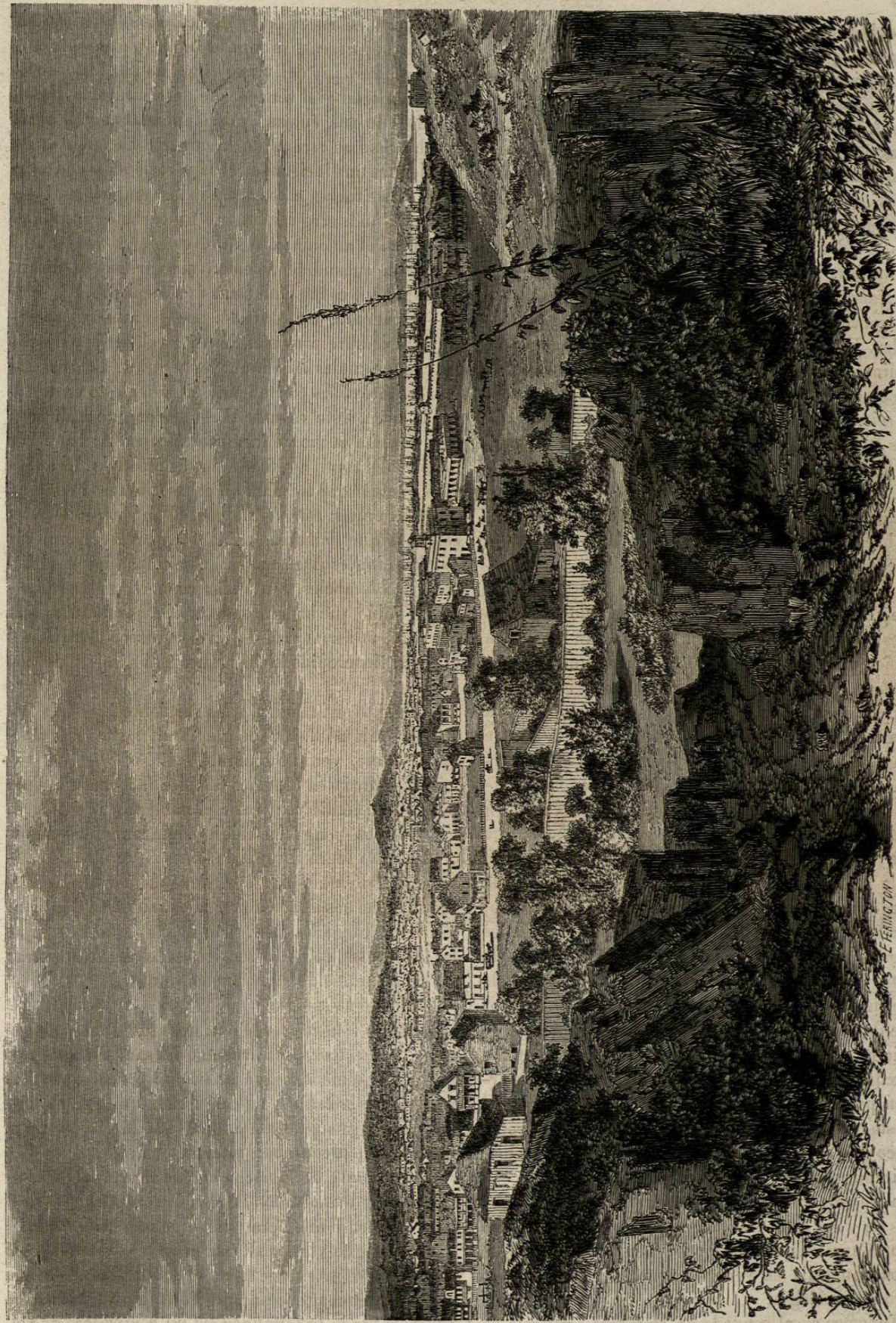


Lavaderos de oro en California.

el de Sonora, capital del condado de Tulumne y una de las mas bellas ciudades de California. Allí dejamos el carruaje que continuó su marcha hacia Sonora.

Un honorable americano, Mr. Brown, se hallaba establecido en *Crimean huse*, donde dirigia el servicio de posta, teniendo además un hotel y un despacho de bebidas. Mr. Brown, nos ofreció amistosamente un cigarro y un vaso de aguardiente: nosotros no tuvimos tiempo mas que para aceptar y estrecharle la mano, porque nuestro carruaje esperaba ya para conducirnos á Culterville. Yo noté con espanto que el vehículo bien relleno y suspendido en que habíamos venido fue reemplazado por una especie de carreta

provista de bancos por todo asiento: llamábase, sin embargo, wagon, nombre que los americanos prodigan á todos los aparatos de ruedas. El camino que seguíamos iba siempre subiendo flanqueando la colina y abriéndose á veces en la roca. A pesar de los vaivenes de nuestra carreta me puse á reflexionar que todos estos trabajos hechos solo por habitantes del pais, sin el auxilio de lo que en Francia llamamos Estado ó Administracion, valian la pena de ser admirados, y cuando pensé que la California es á lo menos tan grande como Inglaterra y que por todas partes está surcada de caminos por donde se hacen con toda seguridad los trasportes diarios, no podía menos de alabar el vigor y audacia de la raza americana, á la cual



Vista de San Francisco.

eran debidas casi exclusivamente todas las maravillas de que era y habia de ser testigo.

A medida que subíamos la pendiente, se desarrollaba á nuestra vista la vegetacion del suelo californiano. A los fértiles campos cultivados que ofrecian todas las producciones de los climas templados, sucedieron las de un terreno vírgen. Confieso que en los parajes que atravesábamos no daban una idea de la fecundidad de ese suelo, que ha admirado, sin embargo, á todos los agricultores y horticultores de ambos mundos.

Encinas verdes y blancas y algunos pinos de elevado tronco, se destacaban en medio de espesos matorrales. Estos cubrian con su abigarrado manto todas las colinas y me recordaban agradablemente el *maquis* de Corcega y Toscana que habia visitado yo hacia unos seis meses. Con los matorrales se mezclaban algunos castaños enanos tan bien en plena efloracion y en ciertos parajes aparecia el manzanillo. Este arbusto se llama así por su fruto, que en español se denomina manzana, y del cual se sirven los naturales para hacer una especie de sidra que beben á falta de aguardiente.

Absorbido estaba en este estudio de la flora californiana, cuando P. me indicó un arbolillo de hojas verdes. Es la hiedra, me dijo. Esta palabra castellana significa enredadera; pero no tiene ninguna relacion con nuestra enredadera de Europa; antes bien, tiene propiedades malélicas, muy curiosas por cierto. La yedra tan temida del minero, envenena á su simple contacto y á veces á cierta distancia. A su dañosa influencia, la piel se enrojece, se hincha luego y se cubre al fin de granos. La inflamacion se localiza en ciertas partes del cuerpo y á veces sobreviene una fiebre violentísima. Dicen entonces que ha tomado uno la hiedra.—Mejor se diria, le respondí, que la hiedra toma á uno. A veces, prosiguió mi compañero, las emanaciones venenosas de la hiedra alcanzan á las personas impresionables con solo fijar la vista en la planta. Muy recientemente el aire llevó á un pueblo los ponzoñosos efluvios de este arbusto y la mayor parte de sus habitantes fueron atacados de una epidemia de nuevo género.—Pero todo el mundo ¿toma la hiedra? le pregunté.—No; y algunas personas arrollan por valentónada entre sus manos las hojas del arbusto, guardándose bien de llevárselas á la boca. Parece que se ha visto tambien á las vacas comer hiedra impunemente.

La conversacion que acabo de tener con mi compañero de viaje era evidentemente instructiva y me prometí aprovechar esta leccion de botánica; P., que estaba aquel dia en vena de historia natural, pasó luego á la zoología.

«Tenemos en el condado de Mariposa, no solo la hiedra sino tambien grandes serpientes de cascabel.

Arrastrándose en el polvo de los caminos ú ocultas bajo las hojas secas, se muestran completamente inofensivas. Pero ¡ay del viajero que las pise! la mordedura es mortal y el veneno que destilan, recogido alrededor de sus encías, pasa inmediatamente á la herida. Solo se escapa de la muerte haciendo en la mordedura una incision en cruz y rociándola con amoniaco. Este fuerte corrosivo puede reemplazarse tambien con un hierro candente ó un carbon encendido.

—Pero el amoniaco, le dije, el hierro candente ó el carbon encendido no están siempre á la mano, mientras que es tan fácil pisar una serpiente.

—Es verdad, me contestó: por eso nuestros mineros van siempre provistos de un excelente par de botas con las cuales desafian á los reptiles. Yo os aconsejo imitarlos. Es ciertamente muy molesto en tiempo de estío, este calzado por el calor que aquí hace pero se evita la mordedura casi siempre terrible. Por lo demás el reptil no ofende sino es ofendido. El apéndice huesoso que termina en cola se aumenta con una vértebra anual: estas vértebras están descubiertas y esto es lo que llaman cascabel ó mas exactamente *the rattle* en inglés (las sonajas.) Cuanto mayor es el número de cascabeles, tanto mas venenosa es la serpiente. El ruido que hacen estas vértebras frotándose una con otra, se asemeja al de un pergamino estrujado y el reptil tiene cuidado de prevenir al pasajero de este modo.

—¡Vaya con la hiedra y las serpientes! ¿Sabéis que la California no deja nada que desear? He visto víboras en Italia, pero no hiedra.

—En Mariposa tenemos tambien la tarántula y por poco que querais continuar el paralelo con Italia ya veis que os pongo en camino. Encontrareis en las orillas de la Merced un sitio famoso que nosotros llamamos *Tarentula flat* ó el llano de las tarántulas. Este verano dos mineros mordidos mientras dormian, murieron luego los dos; porque hay que saber que las tarántulas, como las serpientes de cascabel, entran en los aposentos de muy buena voluntad.

—Bueno es saberlo.

Durante esta conversacion, dos chinos sentados delante de nosotros, nos miraban curiosamente abriendo sus ojos de almendra que brillaban en sus amarillos rostros. Los *celestials*, no comprenden una palabra de nuestra lengua pero adivinando que la discusion era interesante, procuraban interpretarla.

A las nueve de la noche aporreados, molidos literalmente y empolvados llegamos á Culterville, despues de diez y seis horas de diligencia desde Stockton. Un digno y honrado auvernés, Vermenuze, de que en breve procuraré hacer el retrato, nos esperaba en pie para tomar el equipaje. Yo acepté allí sin hacerme de rogar la hospitalidad de mi compañero de viaje. No tenia ninguna gana de tomar parte en una

## III.

El condado de Mariposa.—Placeres y minas de cuarzo.—Grandes calores.—Un ingeniero francés.—Serrerías de Buck-Horn.—Caverna de Marble-Spring.—Las Pieles-Rojas.—Bosque de árboles gigantes.—Cascadas de Yosemite.—Animales indígenas.—Los cazadores californios.—Desórden de los primeros tiempos.—Lavadero de oro por el método chileno.—Cabañas de españoles.—Sepulcros de mineros.—La merced.—Minas del coronel Fremont.—El canal de Big-oak-Flat.

El 20 de junio me desperté con la aurora en mi nueva habitacion. Desde mi puerta, sino desde mi cama pude echar una ojeada sobre el pais que iba á habitar por algun tiempo. El sol, apenas nacido, aparecia resplandeciente, su globo de oro flotaba en un cielo sin nubes, y el aire tenia una limpidez y transparencia desconocidas en Europa. A mi vista se estenpian algunos prados naturales, cuya yerba desecada por los calores prematuros del verano, cubria la tierra con una alfombra amarilla. En la primavera estas mismas yerbas se elevan á la altura del hombre ostentando pomos de flores de colores tan vivos como variados.

Una gran cortina de montecillos cubiertos de yerbazales velaba un riachuelo, cuyas auríferas arenas lavaban algunos mineros y en lontananza cerraban el paisaje cúspides mas elevadas en que vegetaban lontanamente pinos y cedros de follaje oscuro. En los flancos de estas montañas se distinguian los filones de cuarzo aurífero alzándose sobre el nivel como una blanca muralla. Nolejos de estas nivelaciones se veian abiertos algunos laboreos de minas.

En el estrecho valle que riega el Maxwell's-creek (riachuelo de Maxwell), se descubrian algunas cabañas aisladas, donde vivian los mineros libres de los *placers* y tambien una cantina y una barraca, para uso de los mineros que trabajaban por cuenta de un patron en las minas de cuarzo. Los *placers* son los depósitos de arenas, tierras de alubion, ó el oro que arrastrado por las aguas de la superficie, se halla en granos ó barritas. Las minas de cuarzo son al contrario, criaderos auríferos, donde el precioso metal existe en láminas, en filamentos, en cristalizaciones ó en granos microscópicos, incrustados en filones ó venas de cuarzo, ó sea cristal de roca compacta.

Con frecuencia íbamos con P. á visitar las minas de las cercanías, como tambien los *molinos* de cuarzo. Llámase así los establecimientos en que se tritura el cuarzo con unos pisones ó mojadores mecánicos y se amalgama con mercurio. El mercurio tiene la propiedad de disolver el oro como el agua al azúcar. Luego lo restituye por destilacion y así es como se recoge en California todo el oro de las minas de cuarzo.»

En el lavadero de las tierras de *Maxwell's-creek* no trabajaban entonces por falta de agua suficiente, sino

comida americana y aun menos de acostarme en el *big room* ó gran salon comun que me ofrecia como á un californiano aclimatado el honorable Mr. Culter, fundador de la ciudad á la que habia dado su nombre, dueño del hotel principal, director de postas, etc.

La historia de las serpientes de cascabel estaba aun presente en mi espíritu y el dia habia sido bastante cálido. Por todas partes veia reptiles de cabeza triangular, los unos ocultos bajo las hojas secas, los otros arrastrándose por el polvo. Como P. vivia fuera de la ciudad hice prudentemente caminar delante de mí á Vermenuze. Yo seguia al brillo de la luna las huellas de sus pasos ingeniándome para no ir al azar.

Por fin llegamos al encantador paisaje en que habia fijado su residencia. Su mujer, amable parisiense nos esperaba impaciente, y los mismos perros demostraron muchas veces con sus alegres ladridos que celebraban la vuelta de su amo. A mi vista se presentó todo un cuadro de la Odisea; pero me falta la pluma de Homero para reproducirlo dignamente.

Una criada francesa me acompañó á la habitacion que se me habia preparado. Yo hice cuanto pude para ponerme presentable y me senté á la mesa donde nos sirvieron una cena que P. y yo devoramos con el mejor apetito. No esperaba yo tanto en una cabaña; pero nada faltaba allí de servicio y muebles elegantes. Despues de cenar pasamos á un bello gabinete. La conversacion giró sobre Francia que yo acababa de dejar y que P. y su mujer no habian vuelto á ver hacia ocho años.

Muy luego me despedí de mis encantadores huéspedes y pasé á mi habitacion. Conociéndome ya los perros por un amigo de la casa me acompañaron hasta el umbral. En el momento de acostarme me apercibí de que mi puerta que daba al campo no tenia llave ni cerradura: recordé que la ventana de mi cuarto en San Francisco no cerraba tampoco y comprendí que en lo sucesivo era menester mostrarse indiferente sobre todos estos detalles. La edad de oro de la mitología antigua ha pasado ciertamente, y ¿quién la hubiera creído, despues de los tempestuosos principios del Eldorado? ¿quién lo creerá en Francia leyendo estas líneas? De mí sé decir que comparaba no solamente á la edad de oro el estado de calma y seguridad que encontraba en California, sino que me complacia tambien en reconocer en mis nuevos huéspedes la imágen de Philemon y Baucis, salvo la edad y la pobreza, salvo tambien vuestro servidor, que no era seguramente Júpiter. En medio de estas ideas completamente paganas me dormí profundamente, y por continuar en este estilo, diré que Morfeo sacudió sobre mí sus adormideras y que esta noche el dios de los sueños estuvo ausente de mi cabecera.

algunos chinos infatigables, ó megicanos ó chilenos operarios de los *placers* que trabajaban á ciertas horas. También habia algunos franceses, que sin poner en

su trabajo todo el ardor de los chinos, se mostraban, sin embargo, mas perezosos que los megicanos.

Todos se servian de la cuna y de la *battée*. Ya co-



Serrería mecánica en un bosque de pinabetes.

nocemos la cuna: la *battée* es una especie de cubeta de hierro ó de madera en que se ponen las arenas para lavar. Echase todo en el agua y se imprime un movimiento oscilatorio á la *battée* que se tiene con ambas manos. Las materias ligeras se escapan con el agua y las barritas de oro quedan al fin en el fondo del aparato.

En las minas de cuarzo y molinos de amalgamacion trabajan ingleses é irlandeses como tambien chilenos y americanos. El trabajo consiste en triturar el

mineral compacto que se lleva luego al aparato de amalgamacion donde se muele y mezcla con mercurio: este procedimiento es general en todas las minas de cuarzo.

En Culterville volví é encontrar el clima de Stockton, que es el de toda la California durante el verano exceptuando á San Francisco. Es la época de la estación seca: ni una gota de lluvia viene á humedecer el suelo por espacio de siete meses ó mas. Desde junio á noviembre el cielo está completamente despejado. El



El lunch en el bar de San Francisco.